

Salvar la Navidad no es cosa de elfos

PAPÁ NOEL y YO



MATT HAIG

Ilustraciones de CHRIS MOULD

Salvar la Navidad no es cosa de elfos.

Cuando Papá Noel adoptó a Amelia, esta pensó que su vida a partir de entonces estaría llena de ilusión, magia y fantasía. Pero no siempre es fácil ser una humana en la Elfhelm... Por ejemplo, el colegio puede ser bastante cargante cuando tienes que cantar villancicos todos los días, o cuando suspendes los exámenes de juguetes... Pero cuando el Conejo de Pascua decide atacar con su ejército y aniquilar la Navidad, Amelia empieza a comprender la importancia de salvar la Navidad.

Para Pearl, Lucas y Andrea

Otro lugar

Seguro que piensas que conoces bien a Papá Noel. Y seguro que conoces algunas cosas. Probablemente habrás oído hablar sobre el Taller de Juguetes y los renos. Sabrás también que Papá Noel visita a los niños todas las Navidades. Por supuesto que sabes todo esto.

Pero probablemente no sepas nada sobre mí.

Empezaré contándote las cosas que son fáciles de creer.

Me llamo Amelia Wishart y tengo un gato negro que se llama *Capitán Hollín*. Nací en Londres y viví allí hasta los once años. Y después me mudé a «otro lugar».

Y es ese otro lugar lo que te parecerá poco creíble.

Imagino que podría contarte que me fui a vivir a Finlandia, y no te costaría nada creértelo, porque Finlandia sale en los mapas. Y, desde un punto de vista técnico, es verdad. Me fui a vivir a Finlandia, muy muy al norte, más lejos aún que esa parte de Finlandia que se conoce como Laponia. Ese «otro lugar» se llama simplemente el Lejano Norte, y la ciudad, Elfhelm. Pero Elfhelm no sale en los mapas. En los mapas humanos, al menos. Y la razón de que así sea es porque es un lugar que la mayoría de la gente no puede ver. Es invisible. Resulta que Elfhelm es un lugar mágico, y para ver lugares mágicos hay que creer en la magia. Y el tipo de humanos que se dedica a dibujar ma-

pas es la gente que menos probabilidades presenta de creer en la magia.

Pero Elfhelm es una ciudad normal y corriente en muchos sentidos. Una ciudad pequeña. Un pueblo grande, en realidad. Y tiene cosas normales, como tiendas, casas y ayuntamiento. Hay calles y árboles, e incluso un banco.

Pero las personas que viven en Elfhelm son muy distintas a mí. Y también muy distintas a ti. No son ni siquiera personas. No son personas humanas.

Son especiales. Son mágicas.

Son, bueno son...

Son elfos. Pero el caso es que, si vives rodeada de elfos, no son los elfos los que son las criaturas raras y excepcionales.

No. La rara eres tú.



Calle del Reno número 7

Elfhelm era el hogar de Papá Noel. Vivía en la calle del Reno número 7, justo al lado del Campo de los Renos, donde termina la ciudad.

Su casa, como la mayoría de las casas de Elfhelm, estaba construida con galleta de jengibre reforzado y, a diferencia de prácticamente todas las demás casas de Elfhelm, tenía una puerta de entrada tan grande que no necesitabas agacharte para pasar.



La casa estaba llena de cosas divertidas. Para bajar de la primera planta a la planta baja había un trineo. El timbre sonaba con la melodía de un villancico. Había juguetes por todas partes. Las estanterías de la cocina estaban repletas de botes con cosas dulces: chocolate, galletas de jengibre, mermelada de arándanos. En el salón había un reloj de reno, que era como un reloj de cuco pero en vez de salir un cuco salía un reno. Ah, y no daba la hora humana, emitiendo mensajes aburridos como «las seis en punto» o «las nueve y veinte», sino que daba la hora de los elfos, y las horas de los elfos llevaban nombres como «Demasiado temprano» o «Pasada de sobra la hora de acostarse».

Papá Noel vivía solo, pero le pidió a Duermevela, el elfo fabricante de camas, que construyera con urgencia dos

camas más y «la cuna para gatos más confortable del mundo» para *Capitán Hollín*.

–Y esta noche –dijo el primer día–, dormiré abajo, en la cama elástica.

Papá Noel insistió en que era una cama elástica como-dísima.

La razón por la que Papá Noel necesitaba dos camas más éramos Mary Ethel Winters y yo.



Papá Noel se había enamorado de Mary. Se sonrojaba cada vez que la miraba. Y ella también estaba enamorada.

Mary era la mujer más buena y encantadora que había conocido en mi vida. Tenía las mejillas sonrosadas como manzanas y su sonrisa era capaz de caldear una habitación entera. La conocí en Londres, cuando me pasó lo peor que podía pasarme. Mi madre se puso muy enferma por andar limpiando chimeneas. Hice todo lo posible para cuidarla, pero al final la enfermedad pudo con ella. No pude

evitar que muriese. Mi padre nos había abandonado siendo yo muy pequeña y por eso me mandaron al hospicio del señor Jeremiah Terror. Me sentía increíblemente triste, pero Mary, que trabajaba en la cocina del hospicio, siempre se mostró muy amable conmigo. Me echaba a escondidas una cucharada de miel en las gachas aguadas que nos hacían comer. Son detalles que nunca olvidaré.

Ella también había tenido una vida dura. Antes de ingresar en el hospicio, había vivido en las calles y dormía en un banco junto a la Torre de Londres, rodeada de palomas.

La cuestión es que cuando *Capitán Hollín* y yo nos escapamos del hospicio, gracias a Papá Noel, Mary vino también con nosotros. E, igual que yo, estaba encantada de estar aquí.

Llegamos a Elfhelm el día de Navidad, cuando todos los niños humanos del mundo estaban abriendo regalos, y disfrutamos de la cena de Navidad más espléndida que había visto en mi vida y de la música más animada y feliz, interpretada por una banda de elfos llamada los Cascabelles del Trineo. Reímos y cantamos y bailamos la cachizumba. La cachizumba es una danza élfica complicadísima, con mucho movimiento de piernas, mucha energía, muchos giros y que incluye también una parte en la que hay que flotar por el aire.

—Me parece que te gustará vivir aquí —me dijo más tarde Papá Noel, cuando fuimos a patinar sobre un lago helado.

—Sí, me parece que sí —repliqué.

Y me gustó. Me gustó mucho. Al menos durante un tiempo. Antes de que me las apañara para acabar rompiendo en mil pedazos mi felicidad.



El Tofe de los Deseos

En Elfhelm, para ir a cualquier parte, tenías que pasar por una calle muy grande conocida por todos como el Gran Sendero. Los elfos no siempre eran muy originales con los nombres. Por ejemplo, había otra calle con siete curvas a la que llamaban la calle de las Siete Curvas.

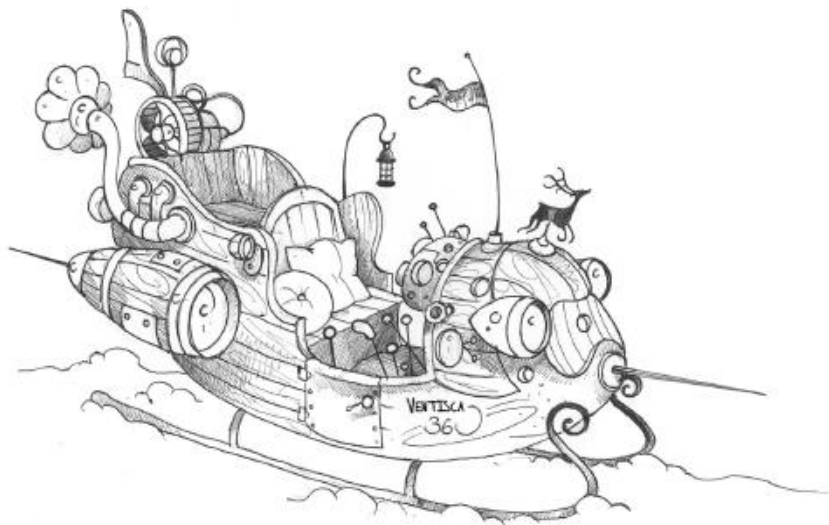
Un día, salimos a pasear y encontramos, como era habitual, el Gran Sendero lleno a rebosar de elfos. En el Gran Sendero había tiendas de zuecos, tiendas de túnicas, tiendas de cinturones. Había también allí la Escuela de Trineo. En su interior podías encontrar trineos de todo tipo, aunque ninguno era tan impresionante como el trineo con el que había realizado mi viaje a Elfhelm, el que Papá Noel tenía aparcado en el Campo de Renos.

Al entrar, Papá Noel saludó a un elfo delgado y alto (para tratarse de un elfo) que estaba sacando lustre a un pequeño trineo de color blanco. El trineo estaba resplandeciente y era muy bonito.

—¡Hola, Rosquete! ¿Es este el nuevo trineo del que todo el mundo habla?

El elfo sonrió. Una sonrisa pequeña. El tipo de sonrisa que se sorprende de estar ahí.

—Sí, Papá Noel. El Ventisca 360.



–Una auténtica belleza. ¿Funciona con un solo reno?

–Sí, con un solo reno.

Y entonces, Papá Noel inició una interminable conversación técnica sobre velocímetros, arneses, calibradores de altura y brújulas.

Y terminó el asunto con una pregunta:

–¿Dejarás que los niños puedan montar en él cuando termine el trimestre escolar?

Rosquete puso de pronto cara de preocupación.

–No –respondió–. No es un trineo para niños. Basta con ver su tamaño. Es para elfos grandes, solo para adultos.

Y entonces intervino Mary:

–Bueno –dijo, rodeándome con el brazo–, habría que tener en cuenta que pronto se incorporará una niña nueva a la escuela. Una niña que es más grande que cualquier niño elfo. Y que, de hecho, es más alta que cualquier elfo adulto.

–Te presento a Amelia –añadió Papá Noel–, y te digo muy en serio que es una conductora de trineos nata.

Rosquete me miró de arriba abajo y se quedó blanco como la nieve.

–Oh. Sí, ya veo. Humm... Errr... Sí. Claro.

Y eso fue todo. Volvió a la tarea de sacar lustre al trineo y nosotros seguimos andando por la calle.

–Pobre Rosquete –dijo en voz baja Papá Noel–. Tuvo una infancia espantosa.

Todos los demás elfos con los que nos cruzamos se mostraron muy simpáticos y parlanchines. Mamá Birra, la fabricante de cinturones, le tomó medidas a Papá Noel para hacerle un cinturón nuevo. («Oh, Papá Noel, te ha crecido la barriga. Vamos a tener que poner un agujero adicional»).

Luego fuimos a la tienda de caramelos y conocimos a Bombón, la encargada, que nos enseñó sus últimas creaciones. Probamos el Dulce de Leche de Arándano Morado, también un caramelo con un fuerte sabor anisado al que había puesto el nombre de Venganza de Relámpago (en honor al reno favorito de Papá Noel) y después otro llamado Chupete.

–¿Por qué lo llamas Chupete? –le pregunté.

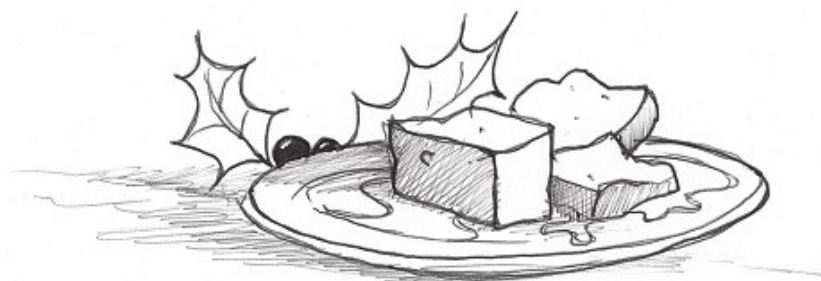
Y entonces Bombón nos enseñó su bebé –la «pequeña Chocolatina»–, que tenía una carita monísima y las orejas de punta y estaba sentada tranquilamente en un balancín, chupando uno de esos caramelos.

–Porque siempre consigue consolarla –respondió Bombón.

Pero el caramelo más increíble de todos era uno llamado Tofe de los Deseos.

–¡Oooh, tofe! –dije aplaudiendo–. Me encanta el tofe. ¿A qué sabe este?

Bombón se quedó mirándome, como si acabara de preguntarle una tontería.



—Es Tofe de los Deseos. Sabe a lo que tú deseas que sepa.

De modo que cuando me lo puse en la boca, deseé con todas mis fuerzas que supiera a chocolate, y sabía a chocolate, y luego deseé que supiera a tarta de manzana, y noté que el caramelo se calentaba en mi boca y pasaba a saber a tarta de manzana, y luego pensé en las castañas asadas que comíamos por Navidad, antes de que mi madre se pusiera tan enferma, y allí estaban, en mi boca, tiernas, crujientes y calentitas como un recuerdo. Y aquel último sabor, aun siendo delicioso, me puso también triste al pensar que ya no vería nunca más a mi madre, así que me tragué el caramelo y ya no pedí nada más. Bombón me ofreció después un Caramelo de las Rosas, que me produjo un cosquilleo en la lengua y me hizo reír mucho.

Entonces sonó la campanilla de la puerta de la tienda y entró una pareja de elfos elegantemente vestidos con túnicas rojas. Uno llevaba gafas y estaba calvo, el otro era redondo como una pelota.

—Hola, Pi —dijo Papá Noel, dirigiéndose al de las gafas.

Se volvió entonces hacia mí y dijo:

—Pi será tu profesor de matemáticas.

—Hola —dijo Pi, mordisqueando un trocito de regaliz—. Veo que eres humana. He oído hablar sobre las matemáticas de los humanos. Y me parecen de lo más ridículas.